

BIBLIOTECA POPULAR

Cristo Reina

NOVELA MORAL

POR

ANFORA LISTA

PQ7297

.L56

C7

c.1

MEJICO

BIBLIOTECA RELIGIOSA

17. de N. José el Real. núm. 3

1892

PQ7297

.156

C7

C.1

ONOM



1080023183



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA POPULAR

CRISTO REINA



Núm. 3.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús  
Sepulcros de Sto. Domingo núm. 19

# CRISTO REINA

NOVELA MORAL

POR

AURORA LISTA

*Biblioteca Universitaria*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN®

Biblioteca Valverde y Tellez

MÉJICO

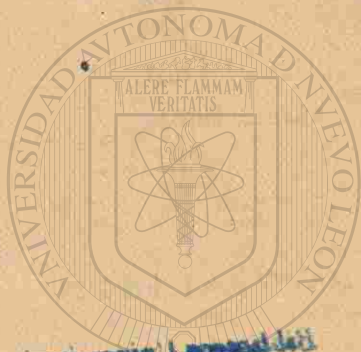
LIBRERIA RELIGIOSA

1ª de S. José el Real núm. 3

1892

48106

PQ7297  
L56  
c7



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

70181

## PRÓLOGO

*Hacer amable la virtud, ora cantando en interesante narración sus victorias, ora describiendo con destreza toda la fealdad de los vicios que le son contrarios, tal es el fin que debe perseguir en sus tareas literarias el hábil é ingenioso novelista. Desgraciadamente la novela de nuestra época, exceptuadas algunas dignas de todo encomio, no se ha eximido á las corrientes del abyecto realismo que ha invadido desde las elevadas cumbres de la filosofía hasta el más humilde género literario, todas las esferas de la ciencia y del arte. Y precisamente de la índole especial de la novela es acaso de la que más se ha*

012054

abusado; autores dignos de mejor suerte persiguen objetos sin poesía ni idealidad, y despliegan todos los divinos encantos del lenguaje en presentar á sus lectores bajo todos conceptos amable el vicio y el crimen, detestables por su misma naturaleza. ¡Cuántos crímenes ocultos, y cuántos inopinados suicidios, no reconocen otro móvil que la incauta lectura de una sangrienta novela!

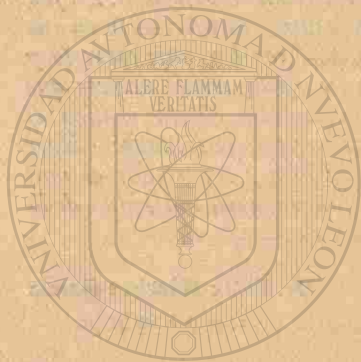
No así la tan justamente celebrada escritora Doña Aurora Lista. Ella por la condición de su sexo y por su carácter de católica, ha sabido ajustarse en sus producciones á la paruta de la más severa literatura. En sus obras brilla el más digno realismo ideal y el más bello idealismo real. En la presente CRISTO REINA, introduce un protagonista que seduce dulcemente; desenvuelve con la mayor naturalidad la acción; y sin descender á esa serie de escenas dialogadas, interminables y fastidiosas que fatigan el ánimo, le conduce por me-

dio de amenas descripciones hasta el enamoramiento de las virtudes que se formaron al calor de una educación eminentemente religiosa. En fin, sin pretensiones ni afectación en sus formas, pero con lenguaje correcto y soltura de estilo, puede decirse que esta compendiosa obrita realiza el ideal del escritor consumado: "Hace amable el bien y aborrecible el mal moral, gangrena del individuo, de la familia y de la sociedad."

**Dr. Hélix Sánchez García**

Cura Párroco de San Lorenzo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CRISTO REINA

Bienaventurados los mansos,  
porque ellos poseerán la tierra.

I

PRESIDIDO por algunas bocanadas de humo negruzco y pestilente, llegó el tren á la estación pobre y recién construida, al tiempo que el empleado decía en voz alta el nombre del pueblecillo que se divisaba como á media legua, y anunciaba un minuto de parada á los viajeros.

La portezuela de un coche de primera abrióse perezosamente, cual si la persona que debía bajar ignorara la premura del tiempo, ó se le diera

sobrado al monstruo para reanudar su interrumpida marcha, arrastrándole lejos de allí donde le apeaba su voluntad, pero no su gusto; puesto que á las veces suele acontecer en determinadas circunstancias de la vida, que el hombre quiere y no quiere á un mismo tiempo.

Pero sin duda que los momentos se le hicieron elásticos á nuestro viajero, pues tuvo lugar de dar dos ó tres vueltas por el coche, guardar despaciosamente su gorra de viaje y el tomo de las Obras de Espronceda que había estado leyendo durante el camino; tiró luego de la maleta y puso el pie en el andén en el preciso momento en que la locomotora partía echando demonios y arrastrando el conyoy con tanta furia, como si hubiese cobrado alas al desprenderse del viajero, quien mirándola tristemente partir parecía decir en su interior con fatalidad musulmana:

Estaría escrito.

Tenía nuestro hombre todo el aspecto de un gran señor: mucho de

disipado y bastante de aburrido; era joven, pocos más de 30 años; buen tipo, traje irreprochablemente elegante, maneras distinguidas, aire aristocrático, y bajo la lucida y vistosa corteza, algo triste y desolador, una llaga del alma, un dolor vago y oculto á todos los que le trataban y conocían, y aun á él mismo, como sucede con ciertas enfermedades físicas, cuyo germen llevamos sin comprenderlo y cuyo alarmante desarrollo apenas sentimos, si no es en cierto inexplicable malestar que solemos atribuir á causas fútiles y pasajeras.

—¿Quiere el señorito que le lleve la maleta al pueblo? dijo el mozo, que parecía ser la única alma viviente que discurría por aquellos páramos de soledad.

—¿Y no podría encontrarse por aquí una mala cabalgadura? preguntó el viajero con visibles muestras de mal humor.

El zagalón fijó sus ojazos azorados y esquivos como si hubiese dicho un despropósito.



Y lo sería sin duda, porque allí no se veía más que la estación escueta y mísera en una llanura árida y polvorienta.

Comprendió así nuestro viajero, y alargándole la maleta, djole que le sirviera de guía.

—Allí nos plantamos en un periquete, respondió el mozo echando á andar, animado con la esperanza de una buena propina.

Siguióle el señorón de mala gana, y bien se echaba de ver que sus pies más estaban habituados á descansar sobre la alfombra del coche que á trepar por los altibajos de aquel endiablado sendero.

—No corras tanto, animal, no corras, que no voy á cobrar ninguna lotería, gritóle el señorón, acompañando estas palabras con otras har- to menos cultas que el exterior de su persona.

El muchácho cortó el paso medio temblando.

—Dí tú, preguntó aquel, ¿una vez en el pueblo tardaremos mucho en llegar á la calle de San Cristóbal?

Está á la misma entrada. ¿Va el señorito á esa calle, aunque sea indiscreción....

—Sí, voy á la casa de la viuda del escribano Santaella. ¿Sabes tú?

—No conozco otra cosa; bendito sea Dios! que se ha caído la pobre señora como horno de cal desde que se le murió el que le ganaba el pan, y en cuya compañía estaba como la propia rosa, mientras que ahora con cuatro hijos y cuatrocientos trabajos para llenarles la tripa....

—Pero algo le habrá quedado, alguna poca de hacienda....

—Unas tierrecillas que es menester gastarse con ellas más de lo que producen; y luego, como los señoritos no son como nosotros, que nos pasamos el día con un plato de gazonía ó con sólo un zoquete de pan, si otra cosa no se encuentra....

En estas ó parecidas pláticas habían entrado en el extenso lugarón, no sin notoria curiosidad de sus habitantes, que á la dudosa luz del ocaso salían á ver al forastero tan guapo y tan bien puesto.

—¡ El Señor me tenga de su mano— saltó una viejecilla al mirarle— pensé que el escribano había resucitado de entre los muertos!

El forastero debió oír estas palabras, por cuanto una triste sonrisa dilató las comisuras de su boca.

—Aquí es, dijo el guía á los pocos pasos.

Y señalaba un caserón viejo y destartado.

—Llama, ordenó el forastero.

Se sintieron unos pasos menudos y breves, sonó el picaporte y la puerta giró pausadamente, impulsada por una preciosa niña, que parecía el ángel protector de aquella pobre pero santa casa.

Pero el ángel se asustó con la presencia del forastero, y exhalando un ligero grito se alejó á lo largo de los corredores.

—Entremos, dijo aquel con manifestada impaciencia.

—Sí señor, respondió el mozo, yo le enseñaré el camino para encontrar á la señora.

Después de atravesar varios co-

rredores largos y sombríos, entraron en el comedor, al tiempo que aquella, avisada por su hija, salía á recibirles.

Era por demás interesante y simpática la desgraciada viuda, en cuyo rostro se descubrían restos de una hermosura que habían ajado y destruido las penas. Avanzó risueña y animosa, relegando su dolor en el fondo del alma, sin sollozos, sin lágrimas en las serenas pupilas, pero al fijarlas en las facciones del forastero, se dilataron un punto con goce subidísimo, y luego quedaron azoradas y hoscas, hasta que la infeliz cayó desplomada sobre el pavimento.

—¡Cuánto le amaba! murmuró él con envidia y amargura.

—Y como viese á cuatro preciosos niños que se precipitaban á socorrer á su madre, añadió con el mismo tono:

—¡Y le dió hijos! hijos buenos y hermosos que debieron formar sus delicias en este mundo!

Las lágrimas y caricias de los ni-

ños volvieron en su acuerdo á la viuda, quien incorporándose hasta dejarse caer en una butaca, díjoles con apagada voz:

—Hijos míos, id á saludar á vuestro tío Eugenio.

Y añadió mirándole con honda tristeza:

—¿Cómo te le pareces! Cuando te ví la última vez eras un niño; hoy eres tal como era él el día que nos casamos.

Y rompió en amargo lloro.

—Valor, Eloisa, valor, dijo el forastero; es indudable que ha de ser muy triste la separación eterna de dos que bien se aman, pero nuestro pobre Jacobo ha podido llevarse al sepulcro quince años de paz y felicidad que tú le diste.

Y añadió en voz baja y mientras despedía al mozo con una moneda:

—No á todos cabrá tanta suerte.

—Mi papá está en el cielo, contestó la chiquitina que apenas contaría cuatro años, y todas las noches le pedimos á Dios y á la Virgen que lo tenga en su santa gloria, y nos ha-

ga buenos para que podamos reunirnos á él y no separarnos nunca.

Eugenio escuchóla con la sonrisa en los labios, y sentándola sobre sus rodillas, preguntóle:

—¿Cómo te llamas, hermosa mía?

—Gloria me llamo, para servir á Dios, á mamá y á tito Eugenio.

Este la estrechó sobre su corazón.

En la gran ciudad donde vivía, las niñas no respondían así; decían su nombre á secas porque lo demás hubiera parecido ridículo y ordinario. Pero allí, en el apartado lugar, en el caserón solariego de la sencilla y amante serrana que fué la cristiana y virtuosa compañera de su hermano difunto, se respiraba otra atmósfera, era aquel otro mundo; y las palabras de la niña conmovieron dulcemente su corazón, porque le llevaron efluvios de paz, de inocencia y cariño.

Pero María, la hermosa esquiva que había huido al divisarle, sintióse avergonzada con el ejemplo de su hermana menor, y sacando fuerzas de

flaqueza, acercóse á su tío diciendo :

—Tito Eugenio, ¿vas á ver el altar que tenemos? Está en la alcoba en que murió papá y en el mismo lugar donde estuvo en cama. Allí nos lleva mamá á rezar por él, por los abuelitos, para que el Señor los lleve á todos al cielo; y por ti también rezamos y por tita Carmen, para que os dé mucha salud y os haga muy dichosos; yo no te había visto, pero ya te quería porque eres mi tito; pero ahora que te conozco, te quiero más y he de rezar por ti con más devoción y más gusto.

Eugenio embelesado la atrajo á sí cariñosamente.

Entonces Jorge, el menor de los dos varones, pensó que era llegada su vez de agasajar al huésped; pero los niños por lo general son menos expresivos y zalameros que las niñas, y después de haber revuelto su magín de seis años sobre qué le diría, acercósele no sin alguna timidez, y con algo de exabrupto, como quien quiere salir pronto del atolladero, exclamó:

—Y yo, tito Eugenio, y yo.... también te quiero mucho.

—Bien, hombre, bien, dijo el aludido con una franca carcajada, reuniendo en un grupo que ciñó con sus brazos á aquellos tres ángeles que le cantaban el coro del amor, puro, inocente y cristiano, para él harto desconocido.

Pero el coro no estaba completo, faltaba el mayor, Luciano, á quien la pena del bien pasado que le recordaba tan al vivo la semejanza del recién venido con su padre, y la inquietud y tristeza del porvenir, habían embargado la palabra hasta entonces.

Luciano contaba poco más de doce años, era hermoso é inteligente, y su carácter comedido y juicioso de suyo, habíase tornado grave y reflexivo desde la terrible desgracia que pesaba sobre la familia, comprendiendo que á él correspondía, tan luego como se lo permitiesen sus fuerzas, llenar en parte aquel vacío triste y doloroso, siendo el apoyo de su madre y el sostén y el amparo

de los pequeños. El amable niño había sido el orgullo y la esperanza del honrado escribano, quien todo le parecía poco para su primogénito, y el consuelo de la triste viuda, la cual aun de éste iba á verse privada bien pronto.

—Muchas gracias le debo á Dios, querido tío, dijo con conmovido acento, por ese viaje que ha tenido vd. que emprender con ocasión de su nuevo cargo, pues ha sido causa de que pasando por este lugar, se acordara de venir unos días con nosotros ¡cuántos deseos teníamos de conocerle! mi papá, que Dios tenga en su santa gloria, nos hablaba tanto de vd.!

—Y yo también os tenía á todos en la memoria, dijo Eugenio dejando de acariciar á los niños para dirigirse á la madre.

Ojalá, continuó, que pudiera hacer por los hijos y la viuda de mi pobre hermano todo aquello que anhela mi voluntad, pero bien sabes que aun cuando tengo alto rango y posición desahogada, todo es de mi

mujer; y que ínterin viva su madre, ésta ha de ser la dueña y administradora de todos los bienes; las suegras, además de cócoras, son despotas y desconfiadas; pero en determinadas ocasiones no hay otro remedio que sufrirlas. Por mi parte no poseo más que algunos pocos miles de duros que he sabido agenciarme y que he menester para no pedirle á mamá suegra para fumar y otras menudencias, porque lo que es mi nuevo cargo de tesorero de «La amiga del proletario,» más es de honor y responsabilidad que de provecho. Por todo lo cual, ratificando lo que decía en la carta que te anuncié mi llegada, tengo decidido llevarme á Luciano hasta que más adelante pueda hacerme cargo de todos. A mi lado seguirá una carrera corta, pero productiva, de modo que te lo encuentres pronto hecho un hombre.

—Dios te lo premie, Eugenio y te lo premiará; se lo pediremos todos con tantas veras, que no podremos menos que obligarle, dijo Eloisa es-

forzándose en contener sus sollozos.

Y añadió tímidamente:

—Cuánto sentiría que Luciano pudiera molestaros.

—Confío que no, estoy seguro, será un niño prudente y sufrido, y digo esto, porque si bien es verdad que Carmen no se meterá con él para nada, mamá suegra suele ser impertinente y gruñona; chochees de la edad sin duda.

—Yo quiero mucho á las viejecitas y sé llevarles el genio, de modo que espero que hemos de ser muy buenos amigos, dijo Luciano.

—¡Hum! murmuró Eugenio con tono de incredulidad manifiesta.

—¿Pero no vienes á ver el altar, tío Eugenio? intervino María cansada ya de asistir á conversación tan formal.

—Vamos, vamos á ver vuestro altar, dijo levantándose muy contento de dar al olvido á su mamá suegra.

Atravesaron una sala y un gabinete, entrando en la alcoba convertida en oratorio.

Allí había espirado su hermano.

De la cama de palo santo se construyó el altar, la toalla era la misma que sirvió para administrarle el santo Viático, y de la colcha de damasco encarnado se habían hecho el dosel y las colgaduras. En el centro una imagen de talla, como de tres cuartas de alto, representaba á Jesús Rey, sentado en su trono, ceñida la frente por la imperial corona y el cetro en la mano.

En cuanto entraron, corrieron los cuatro niños á prosternarse ante la imagen bendita, y uniendo sus manos é inclinando sus cabecitas, exclamaron en coro:

«La fe que en el bautismo,  
Dios, te juré,  
Quiero guardarte siempre,  
Jesús mi Rey.»

Y en seguida recitaron el Credo. Eugenio entretanto fué á besar el altar, la toalla y las colgaduras.

Sabía que aquellos objetos habían pertenecido á su hermano, que ha-

bían estado en inmediato contacto con el moribundo, que debieron impregnarse de sus postreros suspiros que él no pudo recoger. Jacobo era mucho mayor, y por haber quedado huérfano, le había hecho de padre, enseñándole á ser bueno y honrado, á estudiar y orar.

Eugenio recordaba todo eso, pero ni se doblaba su rodilla, ni acudía á sus labios la plegaria por el difunto. Estaba de pie, con el codo apoyado en la mesa del altar y la frente en la palma de la mano, en actitud más meditabunda que reverente.

A sus pies se elevaba un coro bellísimo. El símbolo de la fe dicho por boca de cuatro ángeles.

—Tú no has rezado el Credo, tito Eugenio, dijo la donosa María tirándole suavemente de la ropa.

—Mi Credo no es como el vuestro, respondió él con triste sonrisa.

—¿Que no es como el nuestro? repitió la niña con el mayor estupor. ¿Cómo es entonces, puesto que no hay más que uno?

—El vuestro es más tierno, más

bello, más consolador, el mío es muy corto.

—Pues enséñanoslo como quiera que sea, dijo Jorge acercándosele, llevando de la mano á la chiquitina; á mí me gusta saber muchas oraciones.

—Sí, sí, enséñanoslo, insistió María.

—Creo en un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Y nada más.

—¡Ah, es que no lo sabes! saltó María.

—Dí: en Jesucristo su único Hijo, apuntó Jorge.

—No, yo no puedo decir eso, respondió Eugenio con dejo amargo.

—¿Que no puedes? pues á fe que no es nada enrevesado, advirtió María.—Ve diciéndome conmigo: en Jesucristo....

—Vamos, vamos, allí fuera, que os voy á hacer un juego de manos muy bonito, dijo Eugenio, saliendo del aposento con los tres niños en pos de sí.

Apenas hubo traspuesto sus um-

brales, corrió Eloisa pálida y temblorosa al lado del mayor de sus hijos que permanecía arrodillado, y estrechándolo como la leona á su cachorrillo cuando teme que se lo arrebatan, gritó:

—¡No te irás con tu tío!

Luciano levantó hacia ella su frente blanca y tersa como el cristal, y le fijó sus pupilas profundas y brillantes en las cuales se reflejaba toda su alma; nunca le había visto tan hermoso.

—No te irás, repitió la madre, aunque te quedas sin carrera y sin porvenir, aunque haya de verte perecer de miseria y hambre á mi presencia.

El niño sonrió con inefable dulzura, extendió su diestra hacia la bendita imagen, exclamando con suave pero firme voz:

—Mira cuán poderoso es; Él está conmigo, ¿qué teméis?

—Que te arrebatan la fe que vale más que el saber, más que el oro, más que la vida.

—¿Y por qué no he de ser yo quien

lo arranque de su error? ¿Ha de tener menos preponderancia el bien que el mal por ventura? Los enfermos son quienes necesitan los cuidados y asistencia de los sanos; el ciego há menester del ojo del que ve; es de menguados y cobardes dejar á un hermano al borde del abismo y no interponer sus pocas ó muchas fuerzas para salvarle.

—¡Pobre hijo mío, y cuán desigual había de ser la lucha! Tu tío es hombre, fuerte, hábil, astuto, poderoso tal vez; tú, un pobre niño, cándido é inocente.

—Pero Él está conmigo, repitió señalando la imagen de Jesús. ¿Quién podrá vencerme? Él es mi Rey y Señor, y me ha dado su escudo y su estandarte. Ojalá que pudiera pasearle triunfante de uno al otro extremo de la tierra; pero cuando menos ondeará victorioso donde quiera asiente mi planta, y los demonios huirán á los abismos vencidos y confusos al leer su lema glorioso y bendito: ¡Cristo reina!



## II

CUATRO días pasó Eugenio de Santaella en el vetusto caserón, cuatro días que trascurrieron como un soplo. Y no obstante, la mansión era triste de suyo, y albergaba además el dolor de la muerte y la fatiga de la escasez; pero había paz, inocencia y amor; sí, mucho amor y muchas esperanzas. Parecía una de esas noches apacibles y melancólicas con trinos de aves y rumor de brisas, y vívidas y fulgurantes constelaciones. Allí el muerto no estaba muerto, sino más vivo que antes; la esposa y los hijos le enviaban sufragios como le prodigaron cuidados y caricias; en muerte como en vida le hacían dichoso, y seguían viviendo por él y para él. ¡Oh, así bien se podía morir! así bien se podía ver partir á los seres queridos

sin desesperarse. Paasdo el primer ímpetu de la Naturaleza que rindió sus fuerzas al dolor, triunfando de la voluntad al ver al hermano del amado compañero de su vida, ¡cuán dulce y cristiana era la resignación de la viuda! Pobre, enferma, sin comodidades y sin fuerzas para atender á todo el trabajo de la casa y los niños, que estaban única y exclusivamente á su cargo! Los manjares que ofrecía á su huésped eran vulgares y nada variados por cierto: el prosaico cocido al medio día y la plebeya tortilla con ensalada por las noches; pero qué ricos le sabían, y con qué gentil apetito los devoraba, sazonados por la alegre y melosa charla de los niños, por las discretas razones de Luciano y la dulzura evangélica de Eloisa.

— ¡Por vida de Belcebú! solía decir al verse tan bien hallado en aquella vida tan ajena á la que le era propia y tan lejos de sus comodidades y placeres, que si yo creyera en hechicerías asegurara que este caserón estaba encantado.

Y entre tanto decía Luciano á su madre:

¿Lo ves, mamá, cómo es afable y bueno? ¿No sería una lástima dejarle perecer en su error y que se perdiera un alma tan hermosa que, por otra parte, es la del hermano de mi padre?

Y Eloisa inclinaba la frente con menos pesar y menos temores. No preguntó á su hijo de qué medios pensaba valerse para atraerle á la verdad, porque estaba segura que él tampoco lo sabía.

Aunque oscura montañesa, tenía suficiente buen criterio para comprender que la virtud sobrenatural de la fe no se adquiere por doctos discursos; así que ningún cuidado le daba la poquedad é ignorancia del tierno apóstol. Convencida de que nada puede el hombre sin la gracia divina, estábalo asimismo de que no se necesitaba otra cosa sino que la tierra árida y endurecida se abonara y humedeciera para que en ella fructificara la bendita y milagrosa semente que Dios llueve

sobre los hombres con mano pródiga.

¿Habría el cielo dispuesto que su hijo fuese quien regara aquel campo estéril y nocivo con sus lágrimas, con su propia sangre tal vez, para que rindiera frutos de vida?

Su corazón de madre se desgarraba á esta consideración, pero pensaba en María ofreciendo su divino Hijo en holocausto por los pecados de los hombres, y segura de que no desampararía al suyo, sino que eficazmente había de cooperar á su generosa empresa, dejóle partir con harta pena, pero sin desconfianza ni sobresalto.

Serían las seis de la mañana, hora próxima á la en que el tren debía llegar á la estación, cuando en compañía de su tío, y precedido de un mozo que llevaba un pequeño baúl con su equipo y la maleta de Eugenio, salió por la primera vez de aquel bendito hogar donde tan querida, tan apacible y dichosa había transcurrido su existencia.

Eugenio, tal vez efecto de haber

tenido que dejar el lecho á hora para él tan desusada, ó por otra causa de esas que el hombre mismo no acierta á darse cuenta, lo cierto es que sentía vago malestar, sin que la perspectiva de abrazar á su familia aquella misma noche, fuese parte á alegrarle y entretenerle.

Salió del viejo caserón solariego y volvi6se á mirarle, como pudiera hacer el pobre marino que va á engolfarse en las borrascosas y turbulentas olas del Océano, con la isla afortunada que por breve espacio le ha ofrecido dulce paz y protector asilo. Entonces sus ojos se fijaron en el antiguo blas6n cuarteado y borroso por los años, que decoraba el alto portal6n, y en el cual no se haba fijado cuando lleg6 á la vivienda de su cuñada. Eugenio, que ni era noble, ni tena mäs que ligeras nociones de heráldica, no se hubiera curado de mirar el escudo con la atención que lo hizo, si no descubriera grabado en uno de sus cuarteles con bastante posterioridad por lo visto al tiempo en que aquel se

construy6, este sencillo mote: «Cristo reina.»

En aquel punto, por una de esas contradicciones que suelen hallarse en los impíos más obcecados, lízose claro y patente á los ojos de su extraviada inteligencia en qué consistia el encanto del pobre y desmantelado caser6n, donde tan dulce y sosegadamente se habian sucedido para él aquellos cuatro días.

Sí,—pens6 con esa amargura honda y desgarradora que encierra en sí la impotencia del mal á la par que la nostalgia y la envidia del bien,— el reinado de Cristo es paz y amor; pero ese bello é inasequible ideal está reñido con el mundo, es contrario á su modo de ser; y sólo aquellos que como mi hermano se resignan á vivir oscuros en un apartado lugar6n, amarrados al yunque del trabajo como bestias, y toman por mujer á una pobre é ignorante montañesa, llegan á realizarle.

Minutos despu6s subían al tren.

Luciano hizo sobre su frente la seña de la cruz, cosa que su tío mir6

con manifiesto disgusto, é iba á re-  
prenderle y aun prohibirle la acción  
que graduaba de inconveniente y  
ridícula; pero advirtiendo que con  
ojos henchidos de lágrimas miraba  
el pueblo que se perdía á lo lejos,  
pensó:

—Dejémosle: ¿para qué he demo-  
lestarme en educarle, cuando lo ha-  
rán á maravilla Carmen y mamá  
suegra?

Doce horas después llegaban á  
casa.

Esta era muy pequeña compa-  
rada con el antiguo caserón del lu-  
gar; estaba verdaderamente ates-  
tada de alfombras, cortinas, mam-  
paras, muebles ricos y hasta con  
estufas en las habitaciones, á pesar  
de haber entrado la primavera; y  
no obstante, Luciano sintió frío al  
llegar allí.

Pensó que su tía Carmen saldría  
á recibir á su marido; pero cuando  
éste preguntó por ella, el criado le  
dijo que se hallaba en su gabinete.

Al entrar en él Luciano quedó  
deslumbrado. Cuán atrás dejaba

aquel lujo y magnificencia al de la  
parroquia de su lugar en la fiesta  
de la Inmaculada Virgen que era  
su Patrona, y que él había mirado  
siempre como la suma y comple-  
mento de todo lo más rico y virtu-  
oso que darse puede. Pero pasada la  
primera impresión, qué inútil le pa-  
reció todo aquello! Y qué frío se  
sentía allí! mucho más que en toda  
la casa.

Perezosamente recostada en una  
butaca, hallábase una joven pálida  
y nerviosa; era muy bella, muy dis-  
tinguida y vestía con extrema ele-  
gancia; pero Luciano, el pobre lu-  
gareño, descubrió en ella la ausen-  
cia de un algo que no acertó á de-  
finir: ésta era su tía Carmen.

Al ver á su marido arrojó sobre  
el tocador una novela francesa que  
estaba hojeando; y tendiéndole la  
mano, díjole como si quisiera son-  
reír:

—Bien venido.

En seguida clavó en Luciano sus  
ojos con insolente curiosidad; le mi-  
dió con la vista de arriba abajo;

y dirigiéndose á su marido añadió:

—¿ Es éste el regalo que me traes ? tiene facha de potro cerril con cara de palomino atontado.

Carmen no estaba sola en su habitación. Acurrucada en el sofá se veía una vieja llena de perifollos, de repulsivo porte y desapacible gesto. Vestía una lujosa bata de terciopelo azul toda llena de manchas y lamparones, y arrullaba en su regazo dos gatazos de Angola, blancó el uno y atigrado el otro; ésta era la famosa suegra de Eugenio.

Fijó sus ojillos grises y redondos en el pobre Luciano, y le ordenó acercarse con un gesto.

El niño obedeció al instante.

—¿ Ves tú estos hermosos animalitos ? díjole levantando un dedo amenazador, pues mucho más que de caerte en el pozo, te has de guardar de llegarte á ellos ; como les hagas el menor daño, haz cuenta que te ha caído la lotería.

—Yo no hago daño nunca, y quiero mucho á los animalitos de Dios, respondió Luciano con angelical

dulzura al tiempo que pasaba su mano por el lomo de los mininos.

Pero estos debían ser de tan desapacible condición como su ama, porque el uno le hizo fú y el otro le hincó en la mano la acerada uña.

—Te está muy bien empleado, me alegro ; con eso aprenderás á no ser atrevido,—dijo la vieja.

Y añadió enfureciéndose y manoteando con gesto conminador :

—Con un antejo de larga vista, con un antejo de larga vista, estás tú ? tienes que mirar á mis gatos.

—Vamos á comer que traemos hambre, dijo Eugenio, á quien las cosas de su amable suegra parecían molestar mucho más desde que había respirado la bendita paz de la casa de Eloisa.

Pasaron al comedor.

—A ver cómo comes limpio y bien, y no porque no tengas edad para ello ; pero como en los pueblos os criáis como los animales . . . . díjole Doña Prisca, que parecía haber formado propósito de no dejar respirar al pobre niño.

—Si me llegas á echar una mancha en el mantel, verás! no vuelves á poner los pies en el comedor y comerás en la cocina ó en el corral con los perros.

—Ya tendré cuidado, mucho cuidado, respondió el niño con humildad afable.

En seguida hizo sobre su frente la señal de la cruz.

Una careajada de Carmen le dejó inmóvil, con el brazo en alto y los ojos azorados y fijos en su tía.

—Te has creído que estamos en misa? preguntóle sin dejar de reir.

—No señora, pero vamos á comer, respondió con la mayor naturalidad.

—Cosas de pueblo, dijo Eugenio sirviéndose del primer plato.

—Pues es necesario que las olvide: cualquier día tendremos convidados, y no quiero sean testigos de semejantes ridiculeces; podrian muy bien figurarse que nosotros le damos una educación viciosa, haciéndosele hipócrita y mojigato.

Luciano entretanto invocaba las bendiciones del cielo, para los man-

jares que iban á recibir, y las luces del Espíritu Santo para aquella familia tan mísera, tan desdichada, en medio de su esplendor y opulencia.

Carmen todo lo encontraba detestable y juntamente con Doña Prisca, reprendía ásperamente al criado por imaginarias torpezas. Dos veces mandaron llamar á la cocinera para reñirla de manera harto inconveniente.

Luciano apenas probaba los manjares.

—¿No tienes apetito? preguntóle su tío.

—Como estará acostumbrado al bodrio de su casa, ó acaso á comer las bellotas bajo la encina, se le atragantan los buenos bocados, dijo la vieja.

—Tendrá sueño y vendrá cansado, objetó Eugenio, á quien tampoco sabía bien la comida á pesar de las aperitivos y salsas de que estaba cubierta la mesa; pero faltaba la salsa de la paz y la fraternidad cristianas, aderezado con la cual,

tan rico sabía el modesto cocido en casa de su cuñada.

—En cuanto comamos le llevo á la cama,—respondió Doña Prisca, que parecía no querer dejar á sol ni á sombra al pobre Luciano.

Y así lo hizo, quejándose y dolíéndose de la nueva carga que le había caído encima.

Aun cuando la habitación no podía compararse en sus dimensiones con el inmenso y destartalado caserón del lugar, era sobrado espaciosa, toda ella se iba en salas y gabinetes, para usos supérfluos la mayor parte, y para cuarto del pobre niño no quedó más que un hueco sin luz ni aire que semejava un nicho; apenas cabía encajonado el menguado catre, á los pies la mesilla de noche, quedando tan poco trecho para el baúl, que no podía abrirse sin sacarlo fuera.

Si bien en la casa había sobra de lujosos candelabros, debía faltar una mala palmatoria, porque Doña Prisca colocó sobre la mesilla un cabo de vela, mientras refunfuñaba:

—Desnúdate luego y sin gastar ceremonias; antes de dos minutos vengo por la luz, que no te quiero fiar, no sea que pongas fuego á la casa.

—Puede vd. llevársela desde luego, yo me desnudaré á oscuras, dijo Luciano.

Cuando se encontró solo sentóse en el borde de la cama, desabotonó su chalequito y sacó de su pecho los escapularios del sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen del Carmen; estrechólos con verdadero frenesi contra sus labios y entabló con ellos un coloquio tan tierno, tan dulce y encantador, que los ángeles debieron suspender un momento sus cánticos para oírle. Después se siguieron las peticiones, pidió por su madre, por sus hermanos, por las almas del purgatorio, por los moribundos, por los que están en pecado mortal, por los pobrecitos herejes y al fin pidió para sí. ¿Y qué pidió? Fuerzas para sufrir los trabajos, las humillaciones que harto comprendía le esperaban, y derramar su sangre hasta

la última gota si necesario fuera para establecer en aquella impía y desdichada morada el reinado de Cristo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### III

LA mañana siguiente no le despertó el beso de su madre, ni las alegres voces de sus hermanitos, sino los gritos desapacibles y coléricos de doña Prisca, que ásperamente reñía á la cocinera diciéndole que se fuese á la calle, que ella sola se bastaba para confeccionar aquel plato.

La pobre señora, además de la manía de los gatos, adolecía la de no dejar vivir á los criados, no para vigilarles y corregirles, lo cual hubiera sido muy loable, tanto más cuanto su hija no se cuidaba de tales cosas, sino para aturdirlos y marearlos con exigencias y gritos.

Rezó Luciano sus oraciones y salió ávido de aire y de luz de aquel tugurio, al tiempo que doña Prisca atravesaba por el corredor murmu-



rando no sé qué, con las manos llenas de masa.

—Sígueme á la cocina, sirve de algo, díjole con mal gesto.

—Sí señora, con mucho gusto, respondió Luciano.

El pobre niño había dormido bien, que á sus años no se necesita blanda y cómoda cama para ello: sentíase consolado y hasta contento después de haber ofrecido al buen Jesús y á su Madre Santísima sus sinsabores, y como por otra parte, apenas había probado bocado la noche anterior, en cuanto entró en la cocina se le dilataron las narices y alegró el estómago al percibir cierto olorillo que despedía una fuente de ricas empanadas preparadas para el almuerzo. En el horno se cocían otras tantas.

Los criados habían salido todos de la cocina á los gritos desaforados de la vieja, y solamente los mininos eran los que andaban por allí dando vueltas y haciendo la rosca no sabemos si á doña Prisca ó á las empanadas.

—Acércate, chiquillo, dijo aquella; ahí te quedas al cuidado de que no se quemé lo que está en el horno, mientras voy á llevarle el chocolate á mi hija. ¿Tendrás tú suficiente desempeño para eso?

—Sí, señora, respondió Luciano loco de contento al ver que podía ser útil en algo; mi madre también hacía empanadas, y cuando tenía que atender á mis hermanos, yo cuidaba de que no se quemaran.

—Buenas estarían las empanadas que hacía tu madre, ya me dirás luego si se parecían á estas.

—Es claro que serán mucho mejores, respondió el niño gozosísimo de agradar con aquella frase á la ridícula vieja.

—Bueno, dijo tomando en una mano el chocolate y en la otra el vaso de leche, te encargo el mayor cuidado para que no se quemén, ¿estás?

—Sí, señora, y lo tendré también de que los gatitos no se lleguen á las de la fuente.

—De Matea y Pepito no tienes que ocuparte poco ni mucho, no ado-

lecan los pobrecitos del defecto de golosos.

—No, si yo me refiero á los gatos.

—Pues de los gatos digo; antes se dejarían morir de necesidad que ser ladrones y mal educados.

—¿Y los gatos se llaman Pepito y Matea?

—Sí señor, ¿qué tienes tú que decir á eso?

Y se plantó en mitad de la cocina con actitud poco tranquilizadora.

—Yo, nada, respondió el niño, pero como en mi pueblo sólo se dan nombres de santos á las personas...

—Pues hazte cuenta que hay muchas personas que valen menos que animales.

¿Y qué verdad es! pensó Luciano; pero no lo dijo, y aun pidióle á Dios perdón por habersele ocurrido tal picardía.

Salió Doña Prisca mientras Luciano ponía sus cinco sentidos en el horno.

Y hé aquí que los dos gatos entraron en conferencia como los de la fábula, pero no sobre si se comerían

el asador ú otra cosa de digestión difícil, sino de darle una embestida á las empanadas, que á la verdad con su olorcillo incitante y su cara más rubia que el oro, estaban diciendo comedme, y hubiera sido imperdonable grosería dejarlas desairadas.

Así lo comprendieron los mininos, que estando, según dijo su ama, tan bien educados como estaban, no podían dejar de ser muy corteses.

No sabemos qué ruidillo fué el que Luciano sintió á su espalda, que le sacó de su abstracción, haciéndole volver la cabeza, y ¡misericordia divina! la fuente estaba desocupada del todo y más limpia que los chorros de agua.

Qué torcedor tan agudo penetró en el corazón del pobre niño! cómo se quedaron sus ojos azorados y fijos en la fuente malhadada! y tan aterrado, tan absorto, que no sintió los pasos de la vieja; no la vió cómo dejaba el servicio del chocolate sobre la mesa, y acudía al fogón y tomaba entre sus dedos, trémulos por el coraje y torcidos como garfios, las

tenazas candentes, hechas ascuas: no vió nada de eso, pero las sintió en sus labios achicharrar su carne, mientras el dolor, la sorpresa y el susto estremecían su cuerpo con commoción espantosa.

—Toma, infame, goloso, pícaro, granuja, decía la vieja; yo te educaré, ya que la estúpida de tu madre no ha querido hacerlo.

El niño infeliz cayó de rodillas y elevó al cielo el corazón y las manos ofreciendo al Señor aquel tormento horrible; pero si su alma era magnánima y valerosa, sus fuerzas físicas se agotaron y cayó al suelo sin sentido.

Entretanto los gatos, que escondidos tras una tinaja fueron testigos de semejante injusticia, se pusieron malos, quedando la verdad clara y manifiesta.

Pero esto exasperó más y más á la vieja; no parecía sino que el remordimiento de su conciencia le inducía á ser más cruel y despiadada con su víctima.

Pocos días después, Eugenio sig-

nificó á su sobrino que había de asistir á la clase de un reputado profesor que le daría lecciones de matemáticas é idiomas.

—No quiero que sigas ninguna carrera literaria, porque son muy largas, el profesor te tanteará y veremos de hacerte hombre lo antes posible.

Luciano no deseaba otra cosa. Además, estaba muy contento por ir al colegio. Allí se rezaría, se hablaría de Dios y tendría compañeritos alegres y piadosos.

Antes de ir á clase abrió su baúl, sacó una capillita de cedro que le regaló su padre, puso en ella una estampita de Jesús Rey, lo colocó todo en la mesilla de noche, juntamente con dos diminutos candelabros que le había dado su hermana María, extendió un pañuelo de encaje por toalla, encendió las luces el tiempo que podrían durar las débiles velillas, ofreció el incienso de dos rosas deshojadas que había pedido á la doncella, y tan contento y satisfecho estuvo con aquel can-

doroso y humilde culto que tributaba á su Rey y su Dios, que olvidó su pueblo, su hogar bendito y las injurias y dolores de que fué víctima desde el día en que lo abandonara.

Cuando las luces se consumieron, marchóse á casa del profesor.

Este no se había presentado aún, pero aguardábanle una veintena de niños. El que más podría tener 15 años; pero todos parecían fatigados de la vida: diríase que eran viejos aburridos y gastados, los cuales, merced á algún filtro maravilloso, habían preservado la cabeza y el rostro de canas y arrugas.

Discutían sin reñir ni acalorarse, aunque no había dos que pensaran de una misma manera: el uno tenía un credo como el tío de Luciano, el otro no aceptaba ninguno, éste se declaraba espiritista, aquel panteísta, materialista el de más allá; pero cuando Luciano expuso con sencillez y dulzura sus doctrinas católicas, todos aquellos niños tan pacíficos en sus discusiones como tolerantes entre sí, se volvieron á él

gritando y gesticulando como energúmenos, todos acordes en su odio, su desprecio, su maligno sarcasmo hacia la única religión verdadera. Afortunadamente el profesor se presentó, calmando con su presencia aquella infortunada algarabía.

Luciano no se hizo ilusiones con respecto á éste; el que sacaba tales discípulos, debía necesariamente ser peor que todos ellos.

Una idea cruel que Luciano procuró ahuyentar como un mal pensamiento, atravesó su alma como envenenado puñal.

Su tío le había llevado allí para que le enseñaran las matemáticas é idiomas, y también á renegar de su fe, á despreciar y abominar á Cristo. ¡Ay, el pobre niño no se equivocaba!

Salió de clase triste y apesadado, y corrió á su casa con el ansia ardiente de arrodillarse ante su altarcito, de jurarle á su Jesús que Él reinaría en su alma y su corazón, á pesar de todas las furias y todas las sugestiones del averno.

Pero ¡ay! su altarcito, la capilla de cedro, único regalo que de su padre conservaba, el pañuelo de encaje de su buena madre, los candelabros de la gentil María y sobre todo, la bendita y amadísima imagen de Jesús Rey, habían desaparecido.

Luciano no pudo dominar su dolor, y empezó á reclamar á gritos su tesoro.

—Vuelve, vuelve, le decía la vieja, á llenarme la mesa de baratijas; todas han ido al carro de la basura.

Y el desdichado niño que no había proferido una queja ni derramado una lágrima, ni siquiera al sentir abrasados sus labios por el fuego, rompió en amargo y apenado llanto.



## IV

HAN pasado tres años.

Luciano es un hermoso adolescente, aunque sus mejillas tienen el pálido color de la argoma y la expresión de su mirada es triste y meditabunda.

Sería menester llenar muchas y muchas páginas para no más reseñar los tormentos y humillaciones que devoró el pobre niño.

De los tres individuos que se componía la familia, cada uno tenía su manera particular de martirizarle: Doña Prisca, no dejándole respirar y acusándole por faltas que nunca pensó en cometer; Carmen, burlándose descaradamente de todo cuanto hacía, consecuente con sus benditas y amadas creencias.

El único alivio que había tenido,

era el de, con motivo de sus estudios, habérsele trasladado á un cuartito del segundo piso, donde á lo menos tenía algún espacio y un rayo de sol, que como el de su firme y segura esperanza en establecer el reinado de Cristo en aquella casa, venía á sonreírle en sus horas de desaliento.

Seguía asistiendo á la misma clase. Era pundonoroso, modesto, inteligente y laborioso, y el profesor, que á pesar suyo le había cobrado cariño, comparándole con los otros muchachos discolos, impertinentes, altaneros y desaplicados, empezaba mal de su grado á tener ciertas dudas sobre las doctrinas de los flamantes novadores en cuyo número se contaba, y ciertos deseos de que todos sus discípulos fuesen tan dulces, tan amables, obedientes y aprovechados como Luciano, siquiera participaran de sus rancias ideas. De estas no hablaba nunca el interesante niño, pero su profesor hubiera puesto las manos al fuego de que á pesar de todo lo que oyó en

sus labios y en los de sus compañeros, su alma no había descendido un punto de las serenas y luminosas alturas de su fe. ¿Y en qué se fundaba? En que seguía siendo bueno y respetuoso para con él, indulgente y benéfico para con sus compañeros. ¿Si tendría fe en la bondad y excelencia de sus doctrinas el desprecupado maestro?

Era una mañana después del almuerzo. Terminado éste tenían costumbre de pasar todos al gabinete de Carmen á tomar el café; un criado entraba con el servicio y Luciano llenaba y repartía las tazas.

Empezaba por la mamá, cosa que en vez de halagarla, contrariaba á su esquivia y despejada hija, quien debió de estar aquel día de peor humor que de costumbre, porque solía ser tan inoportuna y tan desgraciada en las demostraciones de su alegría como en la de sus disgustos; y sucedió, que al servir Luciano la primera taza, urgóle en la oreja con una paja, de modo que el muchacho se estremeció todo y vertió parte

del líquido en la mesa y la falda de Doña Prisca.

—Aprende á saber lo que haces, dijo la vieja sellando su rostro con una bofetada.

La sangre ardorosa y juvenil del mancebo se arremolinó en su cerebro, irguió la frente con indignación y se dispuso á salir del aposento, tal vez de la casa.

—Oiga, dijo Eugenio con fruición maligna, yo pensé que los cristianos cuando les herian en una mejilla presentaban la otra, según les enseñó su Maestro.

Al oír estas palabras, Luciano se detuvo, dejó caer la cabeza sobre el pecho con visible confusión, y con paso firme fué á lincar la rodilla ante la anciana, presentándole con humildad su rostro.

Y como ella le mandara sentar, el heroico adolescente dióle las gracias, imprimiendo en su mano un tierno y respetuoso beso.

¿Qué fué lo que experimentó aquella pobre mujer al sentir el contacto de aquellos puros y cariñosos labios

sobre la misma mano que un día lo castigara con tan refinada y espantosa crueldad como injusticia? Qué fibras ocultas y paralizadas movió aquel beso en el alma de la anciana, el único que recibía desde que Carmen dejó de ser niña? Nunca supo explicárselo. Sintió sí, en lo más hondo de sus entrañas dolor agudísimo; vergüenza, confusión, anonadamiento en todo su ser; se reconoció culpable, con aquel ángel que la bondad de Dios había puesto á su lado para contrarrestar con su humildad y dulzura las sequedades y asperezas de su altanera hija. Sí, entonces lo comprendió todo con esa percepción clarísima que tiene nuestra inteligencia como destello que es de la infinita sabiduría de Dios, cuando las opacas brumas de las pasiones no apagan su lumbré bendita. Y la desdichada humillóse como el átomo ante la inmensidad, como la nada miserable ante los sublimes portentos del Dios Todopoderoso.

¡Pobre vieja! tan ridícula, tan ne-

cia y extravagante, también tenía para ella el amantísimo Jesús raudales de delicias y consuelos, tesoros de gracias copiosísimas; y su alma, asquerosa, manida de aviesas y ruines pasiones, fué templo del Espíritu Santo.

Una estemporánea y ruidosa carcajada de Carmen interrumpió aquel silencio que tenía algo de solemne y religioso.

—Já, já, eres asaz dichosa, mamá, decía, puesto que arrugada como pasa y encorbada como una etcétera tienes un guapo mozo á tus pies.

Eugenio no se reía: estaba conmovido, y dijo á su sobrino con voz afable:

—Eres un héroe, Luciano, el hombre que sabe dominar sus pasiones, sea por el móvil que fuere, me parece más valiente y esforzado que el libertador de Roma, defendiendo solo el puente del Tiber.

El joven levantóse del suelo para seguir sirviendo el café, sin que se volviese á hablar de aquel incidente.

Pero cuando al otro día, de vuelta de clase, se entró en su cuartito, exhaló un grito de inmenso y delirante gozo.

En el fondo se elevaba un bonito altar con una preciosa imagen de Jesús Rey, bajo un dosel de terciopelo y oro.

—¡Cristo reina! exclamó el hermoso joven entre sollozos de ardiente gratitud; Cristo reina en este humilde aposento; pronto, pronto, sí, me lo dice la dulce y cariñosa sonrisa de esa imagen divina; pronto reinará en toda la casa.

—Él te oiga, respondió una voz á su espalda. Era Doña Prisca, que había empleado sus ahorros en preparar á Luciano tan grata sorpresa.

Desde aquel día se formó un vínculo dulcísimo entre el mozo y la anciana; él era su hijo amantísimo, su confidente y maestro, puesto que la pobre, ó nunca las supo, ó los años y los disgustos habían borrado de su inteligencia muchas de las fundamentales enseñanzas de nuestra santa fe, que recibía de labios de Lu.



ciano llena de gratitud y embeleso. Para éste, fuera del santo júbilo que le causaba la vuelta de aquella alma á Dios, si por un lado se vió libre de la persecución que de continuo le acechaba, por otro habían hecho presa en su noble alma nuevos y enconados dolores.

Supo por Doña Prisca que Carmen en su vida de lujo y dispendiosos placeres gastaba más de lo que tenía, y que la modista, el tapicero ó el joyero, cansados de esperar y hartos de espaciosas excusas, amenazaban producir un conflicto. Algo sospechaba Luciano de todo eso, aun cuando no por ello le pareció la realidad menos amarga y dura.

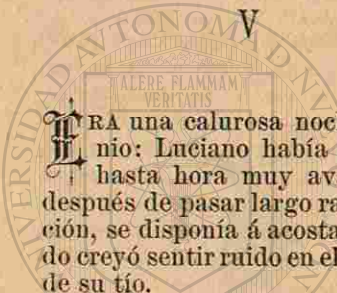
En cuanto á Eugenio, no se cuidaba poco ni mucho de los intereses de su mujer, porque ni ésta ni su suegra se lo hubieran permitido, y no reparaba en nada, ó así lo fingía, sumamente atareado como se hallaba con las cuentas de *La Amiga del Proletario*, sociedad anónima, de cuyos fondos era tesorero y depositario, y la cual, so capa de filantropía,

no tenía otro fin que desmoralizar y pervertir al pobre pueblo, arrancándole del hogar y del templo.



UNIVERSIDAD  
 NOMA DE NUEVO LEÓN  
 AL DE BIBLIOTECAS

V


**P**ARA una calurosa noche de Junio: Luciano había estudiado hasta hora muy avanzada, y después de pasar largo rato en oración, se disponía á acostarse, cuando creyó sentir ruido en el despacho de su tío.

— ¡Ah, pensó, sin duda que va á hacer el balance del mes! El anterior me dijo que había pensado el llamarme para que le ayudara, porque las cuentas le fastidiaban mucho; voy corriendo á ver si puedo serle útil.

Y el diligente niño salió de su cuarto.

Bajó la escalera despacio porque iba á tientas, pues en su precipitación por acudir, se le había olvidado la luz; pero al final de ella, guia-

do por la que del despacho salía, entró en él con ligero paso.

Pero apenas traspuso sus umbrales un grito de mujer dejóle paralizado y absorto.

Carmen estaba arrodillada junto al arca de la sociedad, en cuyos fondos tenía hundidas sus manos.

La infame mujer sustraía algunas noches la llave de debajo la almohada donde la guardaba su marido, y aprovechaba su sueño para robarle intereses que no eran suyos y de los cuales tenía que responder con su honra.

Al sentir los pasos de Luciano, pensó que Eugenio la había seguido, y se desmayó.

El generoso joven no podía comprender tanta ignominia.

En el pueblo oyó decir que hay ladrones que salen á robar por los caminos; en la ciudad había comprendido que se roba á mansalva, pero lo que tenía delante era demasiado infame, demasiado bajo y bochornoso para ser cierto.

Mas aquella criatura malvada y

vil era también hija de Dios, del Dios que la sufría, que la sustentaba; él debía auxiliarla y atenderla.

Levantóla del suelo, sentándola en un diván.

Carmen seguía desmayada.

Entonces, reparando en un vaso con flores que había sobre la mesa, sacó su pañuelo, y mojando la punta en el agua, lo aplicó á las sienes de su tía.

La desdichada abrió los ojos, y al encontrarse con Luciano en vez de su marido, irguió la frente con expresión triunfante.

Dirigió al mancebo una mirada audaz é insolente, al tiempo que le preguntó con agrio tono:

—¿A qué has venido?

Luciano, ante semejante cinismo, quedó completamente desconcertado.

—¿A qué has venido? repitió con mayores bríos.

—Pensé que mi tío estaba trabajando y bajé á ayudarle.

—Buen susto me has dado; imaginé que eran ladrones y me juzgué

muerta.... Tu tío se empeñó en que viniese á echar la llave al arca que se olvidó de cerrar; bien hacía yo en no querer venir; este susto te tiene que costar caro.

Y añadió con altivo ademán:

—Vete.

Luciano obedeció, y al llegar á su cuarto pidió perdón á su dulce Jesús por haber pensado mal de su tía.

Dos días después en el despacho de Eugenio se oía animada discusión.

Hasta el segundo piso llegaba el rumor de las voces, pero Luciano sabía que había junta de la gente de la sociedad aquella tarde, y no le extrañaba poco ni mucho. No obstante, la sesión amenazaba acabar de una manera asaz borrascosa, porque se oían gritos y puñadas en las mesas y confusión indescriptible y tumultuosa. Y ¡cosa extraña! aquel vocerío, aquella balumba de denuestos, rugidos y blasfemias, se sentían cada vez más próximos, como alud que en vez de bajar subiese á lo alto, como turbulentas oleadas de un mar de sangre y cieno.

Y llegaron, llegaron á la habitación de Luciano, rugientes y amenazadoras.

Y el aturdido mozo vióse rodeado de rostros desencajados y fieros, mientras en la crispada diestra de su tío ondeaba como una enseña de muerte y de deshonor el blanco pañuelo en una de cuyas puntas la angelical María bordara con su cabello de oro: «Luciano de Santaella.»

Dejólo éste olvidado en el despacho la noche en que se sirvió de él para refrescar las sienes á su tía, y una mano aleve y criminal lo había introducido en el arca llena de valores. Allí fué hallado al comprobar los fondos, de los cuales habían sido sustraídos siete mil duros.

La despejada inteligencia del muchacho comprendió desde luego aquella oscura trama, aquella abominable calumnia, pero guardó firme y heroico silencio: nadie pudo arrancarle una palabra.

Inmediatamente fué conducido á la cárcel.

En el corazón del generoso joven

pesaba honda y angustiosa tristeza; pero al verse acusado, ofendido y preso en aquel antro de maldad y corrupción, bendijo á Dios con toda su alma y le dió gracias fervorosas; comprendía que se hallaba en el lleno de su dolorosa pasión, que caminaba con pasos acelerados al calvario, y que por lo mismo, próxima debía estar la redención de los pobres seres que le acusaban y oprimían y por los cuales había pedido al buen Jesús ser inmolado.

Y para fortalecerse en su heroica resolución, y para que, conforme había dicho á su madre, adonde quiera que fuese brillara el glorioso lema que había de serlo de su victoria, escribió en las paredes de aquel triste y espantoso lugar: «Cristo reina.»





## VI

POCAS veces solían salir juntos Carmen y Eugenio, y sólo en los casos en que tal requisito era de rigor, prescindían del hábito de vivir cada cual según su gusto. Obligado por un deber de sociedad, salió cierta tarde el matrimonio, cumplido con el cual, determinó dar un paseo por las afueras.

A poco hallaron un caballero, que al parecer ensimismado en profundos pensamientos, caminaba, y á quien Eugenio obligó á subir al coche con manifiesta contrariedad de Carmen, que no pudo disimular un mohín de disgusto. Era el fiscal que seguía la causa de Luciano.

—¿Con que persiste en su obstinado silencio?—preguntó Eugenio apenas hubieron cambiado sus saludos.

—Como si hubiera perdido la palabra.

—El muchacho es listo de sobra, dijo Carmen, y muy bien comprende que con confesar el delito no haría otra cosa que empeorar su situación.

—Y sin embargo, es extraño lo que pasa con ese mozo: no recuerdo un caso semejante en mi larga carrera.

Y esto diciendo, fijaba el juez sus ojos claros y penetrantes en la esposa de Eugenio, que bajó los suyos.

—Pero no hay medio de hacerle hablar? insistió Santaella.

—Por más que se le iusta y se le conjura, no sale de estas palabras: «no tengo nada que decir.»

—Pues eso es confesar implícitamente su crimen, saltó Carmen.

—O no, respondió el juez volviendo á clavarle sus pupilas, aunque esta vez sostuvo impávida y altiva su mirada.

Hubo unos momentos de silencio.

—Paréceme, opinó el juez, que ese muchacho se aturde y acoquina ante el tribunal, y sería convenient-

te que una persona con la cual tuviese confianza y familiaridad, uno de ustedes por ejemplo, la señora, que sin duda posee toda la habilidad y finura de su sexo, hiciera lo posible por arrancarle alguna palabra que pudiera muy bien servirnos de claro indicio.

—No tengo inconveniente, dijo Carmen, y haré lo que se me diga el día que vdes. gusten.

—Hoy mismo, ahora, respondió Eugenio. Y ordenó la vuelta al cochero.

—¿Y he de entrar en la cárcel? preguntó Carmen sin poder evitar un movimiento de repulsión y terror.

—Pero no verá vd. nada que le desagrede, dijo el fiscal. Entrando está la habitación del alcaide que es muy linda y alegre, allí aguardará vd. hasta que le traigamos á Luciano, con quien debe quedar á solas.

Media hora después se apeaban á las puertas de la cárcel.

Hacia el interior se escuchaba confusa gritaría.

—¿Qué es eso? dijo Carmen, que era cobarde como todos los malvados, amparándose del brazo de Eugenio.

—Que se divierten, ¿no oyes cómo se ríen?

Pero aquellas risas que se escuchaban tenían mucho de amenazador y siniestro.

—Ahí debe pasar algo grave, dijo el fiscal.

Y dejando á Carmen en las habitaciones del conserje, internóse hacia los patios donde sonaba aquella estraña y alarmante gritaría.

Eugenio siguió sus pasos.

—Oh, qué espectáculo se ofreció á sus ojos!

Luciano, despojado de sus vestidos, ceñido con un sucio harapo, yacía en mitad del patio sobre dos postes en forma de cruz, amarrado por ásperos cordeles, mientras aquella turba furiosa y desenfadada le vilipendiaba con golpes y dennestos: tal cubría de asquerosas salivas su semblante, éste arrancaba puñados de sus cabellos con bárbara furia,

aquel hincaba las aceradas uñas, y el otro dábale salvajes dentelladas en sus carnes suaves y frescas que la sangre esmaltaba con rosas de púrpura.

Y Eugenio al ver aquella, que era la sangre de su hermano, que era la suya propia, atropelló por entre aquellos bandidos, arrancándoles con impetuoso valor su hermosa presa.

Entretanto, el juez había mandado llamar al alcaide, quien ignorante de lo que pasaba, presentóse pálido y tembloroso, y auxiliado por la guardia, mandó maniatar á los promovedores de aquel atentado bárbaro é inicuo.

Pero apenas se vió libre el generoso mancebo, corrió á interceder por sus despiadados verdugos.

—No les castigueis, decía dirigiéndose alternativamente al juez y al alcaide, si no me han hecho nada, si todo ha sido una broma que yo he provocado con mi imprudente celo. Quise establecer en esta desgraciada mansión el reinado de Cris-

to, y los pobrecitos me dieron la alta honra de probar su cruz; pero en broma, como he dicho, sin hacerme daño. ¡Ah! yo sentía una delicia inmensa al verme extendido sobre ese madero, Dios mío, y ¡los han de castigar por haberme hecho tanto bien!

Pero la indignación de Eugenio, la cólera del juez y el rencor del alcaide hacia aquellos desalmados, crecían en vez de amenguarse con las generosas y magnánimas protestas de la inocente víctima.

Se comprendía que iba á caer sobre los miserables un castigo ejemplar.

—¡Ah!—exclamó el interesante mancebo dejando correr las lágrimas de sus hermosos ojos—ya que no justicia, pido gracia para esos desdichados! Creéis que de veras me han ofendido? Que pudo ser dañada su intención? Pues bien, yo les perdono. ¿No les he de perdonar? Cristo desde la cruz, espirante, apurando las heces del cáliz de su pasión amarguísima, pidió al Padre celestial perdón para sus verdugos,

¿y yo no lo he de conseguir para estos, que me han proporcionado la dicha de sufrir por Él unos cortos instantes? Allí el ofendido era Dios; aquí una criatura vil que con sus imprudencias ha provocado las iras de esas pobres gentes, faltas de todo bien, hasta de libertad. ¡Ah! ¿será la justicia humana más rigurosa y tremenda que la divina? No es posible, no, ¡perdón para ellos!

Y el pobre mancebo unió sus manos é interrumpió sus palabras ahogadas por los sollozos.

Hubo unos momentos de silencio.

Entre aquella apiñada y momentos antes turbulenta multitud, hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

Entonces se vió á una mujer joven, hermosa y cubierta de galas, pero dolorida y llena de confusión, cual otra Magdalena, abrirse paso por entre las filas de presos, é ir á apoyar su mano trémula y cubierta de pedrería en la ensangrentada muñeca de Luciano.

Sus labios se movieron como los

pétalos de la flor azotada por el viento, y entrecortadas y balbucientes, salieron de ellos estas palabras:

—Dios perdonó á sus verdugos, pero no hubo misericordia para sus acusadores ¿verdad? para el soberbio y envidioso Caifás que decretó su muerte en la Sinagoga . . . .

—Pero fué porque no se arrepintió, respondió Luciano, fijando en su tía su dulce y cariñosa mirada. ¡Ah, si reconocido hubiera su pecado, si le llorara con ardiente y sincera contrición, para él, para el mismo infame Judas, guardaba la bondad de Dios tesoros de gracias tan copiosos é inmensos, como fué su crimen tremendo y abominable!

—¡Perdón! clamó la mísera. Y sus rodillas se doblaron como para caer á sus pies.

Pero antes que el suelo tocar pudieran, Eugenio, con el rubor en el rostro y la indignación en el alma, asíóla violentamente por la cintura, arrastrándola lejos de allí.

Por muy rápida que hubiese sido esa escena, no pasó desapercibida



á la perspicaz y escrutadora mirada del fiscal, quien conocedor de la dispendiosa existencia de Carmen, y penetrado al propio tiempo de la nobleza y lealtad de su sobrino con sólo mirarle, abrigaba desde el principio de la causa harto fundadas sospechas de quién había sustraído los fondos á la «Amiga del proletario.»

Al ver alejarse el matrimonio, quitóse el sobretodo y vistió con él á Luciano, ordenándole reunirse á sus tíos.

Y dirigiéndose al alcaide:

—Yo salgo garante de ese muchacho, dijo.

Pero Luciano declaró con resolución y entereza que no saldría de la cárcel si no se le daba palabra de olvidar el pasado incidente y de que ningún mal provendría por él á los que fueron sus compañeros.

—Sea, dijo el juez vencido por tanta generosidad y heroísmo.

Y ordenó al alcaide mandara quitar las esposas á los agresores del pasado tumulto.

Entonces sí que resplandeció el

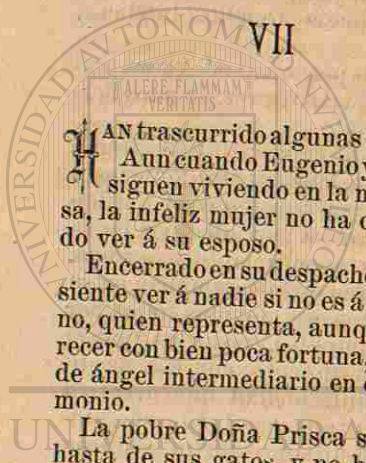
rostro de Luciano con alegría inmensa.

Dió las gracias al magistrado con corteses afectuosas razones, y volviéndose hacia aquellos infelices, gritóles:

—¡Estais perdonados! Ahora perdonadme á vuestra vez, amados hermanos míos!

Un rumor indescriptible circuló por aquel oscuro antro de vicios y maldades; rostros feroces y patibularios viéronse surcados por lágrimas de arrepentimiento y ternura, las primeras que derramaban en su vida. Entonces, movidos todos por idéntico impulso, poseidos por el mismo sentimiento, con esa prodigiosa simultaneidad que arrastra á las multitudes cual si fuesen animadas por un solo espíritu, gritaron con voz firme y atronadora:

—¡Cristo reina!



VII

AN trascurrido algunas semanas. Aun cuando Eugenio y Carmen siguen viviendo en la misma casa, la infeliz mujer no ha conseguido ver á su esposo.

Encerrado en su despacho, no consiente ver á nadie si no es á su sobrino, quien representa, aunque al parecer con bien poca fortuna, el papel de ángel intermediario en el matrimonio.

La pobre Doña Prisca se olvida hasta de sus gatos, y no hace más que orar y llorar.

Eugenio ha presentado su dimisión del cargo de tesorero después de haber pagado los siete mil duros, y dejado de pertenecer á la junta de «La amiga del proletario.» ¿Qué pasa por su frente cargada de nubes?

qué medita en sus continuas y largas horas de soledad?

En vano la desdichada esposa solicita una entrevista: el aposento y el corazón de su marido parecen eternamente cerrados para ella.

Pero Luciano no cree tal cosa. Sabe que la gota de agua horada la peña, y aun cuando pueda haber corazones y voluntades de granito, la dulzura, la persuasión y el amor, han de tener tanta y aún más eficacia y poder que la gota de agua.

Por eso trabaja sin descanso mirando aquel muro de hielo que sepulta el alma de su pobre tío, impidiendo lleguen hasta ella para ablandarla y rendirla las corrientes de la humildad y el arrepentimiento.

¡Ay! al calor de su corazón generoso y magnánimo se hubiese fundido el más duro bronce.

Una alegre y hermosa mañana entró en el despacho de Eugenio, llevando en la mano un libro de cuentas y un fajo de billetes de Banco.

En aquel había todos los antecedentes del capital de Carmen que,

muy mermado por sus dispendios y mala administración, ponía en manos de su marido, pues ella en compañía de su madre se retiraba á aguardar el perdón anhelado á una casa de religión; los billetes eran parte del producto de sus trenes, de sus joyas y galas que había vendido para pagar á los acreedores, de cuyo importe sobraron los siete mil duros por ella sustraídos, y que religiosamente volvía á su esposo.

Esté reflexionó un momento y contestó.

—Si está firmemente decidida á romper con el mundo, puede quedarse.

—¡Ay, tío! le abomina, le detesta, puesto que ya le conoce y ha visto lo que da de sí.

—Pero no basta con eso, yo quiero que mi hogar sea....

—¿Qué, tío mío?

—Un reflejo del tuyo.

—¿Pero en todo?

—En todo.

—¡Ah tío, tío de mi alma! luego....

—¡Has vencido! dijo arrojando-

se en sus brazos deshecho en lágrimas.

—Cristo es el que vence con su divino poder; yo no he hecho nada absolutamente; ni siquiera una vez sola he abierto mi boca para rebatir ó condenar el error....

—Pero has hecho más, Luciano mío: cuando yo era niño tu padre me enseñó las Bienaventuranzas, esas dulcísimas flores de la montaña que una á una brotaron de los labios del Salvador.

—¿Y qué, mi buen tío?

—Que hay una que dice: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra, poseyendo los corazones de sus hermanos para llevarlos á Dios.



# BIBLIOTECA POPULAR

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD  
ECLESIASTICA.

Comenzamos á publicar esta Biblioteca en tomos en 32º de 96 y 108 páginas cada uno; se publicarán obras de autores escogidos, no olvidando dar alguno de novelas morales.

Omitimos hacer elogios de la misma, porque la mejor prueba de su bondad y baratura serán los hechos.

Precio de cada tomito con bonitas cubiertas, á la rústica, 12 es.

## PUBLICADOS:

NUM. 1.

BERNARDITA DE LOURDES. Relato de un peregrino, por el Presbítero *D. Ramón Font*.

NUM. 2.

MANOJITO DE FLORES DE SAN FRANCISCO DE SALES, seguido del opúsculo del mismo autor, AVISOS Á LAS ALMAS PIADOSAS.

NUM. 3.

CRISTO REINA, novela moral por *Aurora Lista*.

NUM. 4.

¡A SOLAS CON JESUS! Un día de retiro, ó veinte minutos á los pies de Jesús Sacramentado. Meditaciones sacadas de los escritos del *P. Eymard*, de la Sociedad del Santísimo Sacramento, y seguidas del CAMINO DE LA CRUZ y de la MISA MEDITADA, del mismo autor.

# CAMINO DE SALVACION

DEVOCIONARIO COMPLETO

CON CERCA DE 800 PÁGINAS

Hermosos Grabados y Grandes Tipos

AL CREER LA MANA  
VER EN BUEN PAPEL

Contiene cuantas devociones una familia cristiana pueda desear, con meditaciones distintas para cada día del mes y Evangelios de todos los domingos y fiestas del año, ordinario de la misa en latín y castellano, confesión y comunión, recomendación del alma, etc., etc.

Encuadernado en tela con planchas y rótulo dorado. El ejemplar.....	\$ 0 00
— La docena.....	5 00
El mismo en piel fina, rótulo dorado.	1 00
— La docena.....	7 50
El mismo en chagrin y cortes dorados.....	2 00

¡A solas con Jesús!

UN DIA DE RETIRO

O VEINTE MINUTOS

A LOS PIES DE JESUS SACRAMENTADO

Meditaciones sacadas de  
los escritos del

**P. EYMARD**

de la Sociedad del Santísimo Sacramento

y seguidas del CAMINO

LA CRUZ y de la MISA

DITADA, del mismo autor

55

9